

ESPAÑA



La terapeuta Magdalena Álvarez acompaña a una anciana y a otros habitantes de la residencia Vitalia Moratalaz, en Madrid. ANTONIO HEREDIA

Los primeros de la vacuna

Ancianos, dependientes y cuidadores narran cómo viven los más golpeados por la pandemia

RAFAEL J. ÁLVAREZ MADRID

«Me vacunaré porque hay que hacer que el susto se quite. Y que vacunen a los cuidadores. En otros sitios los mayores somos eliminados y parece que no hacemos falta. Pero morirse no es obligatorio y hay que tener sanos a los que nos cuidan».

Tiene 84 años, dos familiares con Covid y una cabeza libre de virus para razonar. Se llama Florentino Corps, se pasó la vida instalando calefacciones y hoy es un viudo reciente que mastica la ausencia sin hacerle mala la digestión a los demás.

«Me pondré la vacuna para protegerme y proteger a los ancianos. La vida aquí no se concibe sin contacto. Necesitamos trabajar de la forma más humana posible y el virus lo deshumaniza todo: aislamiento, EPI, mascarillas, no tocarse... Los ancianos ya no pueden salir de las residencias, no tienen vida social, no ven a sus familiares, no pueden pasear con ellos, no conocen a sus nietos. Ven a la familia una hora a la semana a distancia, con mascarilla y una mampara. Es una población que sigue confinada y la vacuna le dará los mismos derechos que a los demás».

Se llama Magdalena Álvarez, es terapeuta y vivió la primera ola ayudando a los ancianos a hacer videollamadas de despedida y cogiéndoles de la mano hasta la muerte.

Residencias y Covid, un binomio con infectados en masa y 23.000 fallecidos, la mitad de todos los muertos de la pandemia. Y aunque en las

7.000 residencias españolas lo mayoritario han sido la vida, la resistencia y el cuidado, el Covid y su onda expansiva siguen acechando a las últimas edades y a quienes las cuidan.

Será aquí, en las residencias para mayores o para personas con altos niveles de dependencia, donde a partir de enero llegarán las primeras dosis de la vacuna contra el Covid. Ancianos, dependientes y cuidadores: ¿quiénes son, cómo viven y qué piensan los pioneros de la vacuna?

Estamos en Vitalia Moratalaz, una residencia privada de 135 plazas abierta el 2 de abril para ancianos no infectados traídos desde otros centros o desde sus casas. Aquí no ha muerto nadie, aunque el virus ha hecho visitas. «La 'zona roja' es una planta entera para Covid. El enfermo pasa 14 días en la habitación y se asigna personal con EPI para que sólo trabaje en esa planta». Lo dice la directora, Belén de Ana, 14 años en el sector y unos meses aquí. «El Covid ha cambiado la forma de trabajar. Hay tres tomas de temperatura y de saturación al día, hidroalcohol, agua con lejía para lavar equipos... Y un contacto distinto con y entre los residentes. No salen, comen separados, ven a sus familias

poco y a distancia, y con la mascarilla no saben si les sonrías. Es una deshumanización que este equipo compensa con una entrega total».

Al llegar, una residente nos pide un beso. No todos los ancianos entienden esta pandémica distancia social contra la pandemia.

Florentino Corps, 84.

Uno de ellos era amigo de Miguel Ángel. «Me trasladaron porque aquí no había contagios y yo di negativo». Cuando llevaba aquí unos meses sufrió un ictus del que sólo le queda un habla herida. «Aquí hay sensación de seguridad y orden con las visitas».

«¿Por qué las residencias deben ser las primeras? ¿Se vacunarán?»

«Por supuesto. Y no me sentiré conejillo de indias, quiero poner una barrera al virus. Residentes y trabajadores estamos en primera línea de riesgo. ¿Vamos a esperar a que haya más muertos?»

Magdalena Álvarez ha estado trabajando con Miguel Ángel en la rehabilitación de la mano derecha, el penúltimo vestigio del ictus. Ella lleva unos meses en Moratalaz, donde sigue viendo la pandemia pero no como en la residencia de Coslada de la que vino. «Llevaba 13 años y conocía a cada anciano de los



ÁNGEL NAVARRETE

ASISLADOS. El Covid hace que los residentes con discapacidad dejen de socializarse. Soraya Moreno con la terapeuta Noelia Iturbide, en Nuevo Parque Polvoranca.

«Nunca vi nada igual y lo vivo con miedo y precaución. No comprendo al virus pero sí que es malo, por eso hay que escuchar a los científicos».

Junto a Florentino está otro viudo, Miguel Ángel San Juan. Llevaba un lustro de alcoholismo cuando el año pasado entró en la residencia que Vitalia tiene en Leganés. Allí el virus golpeó duro, más de 60 muertos.

que murió. Hicimos de todo para cuidarlos. Morían sin poder ver a sus familias, aislados, viéndonos como si fuéramos astronautas. Nos despedimos de las familias por videollamada y había residentes que notaban que se morían. A veces, sólo les podíamos coger de la mano hasta la muerte. Tuvieron un final que no merecían. Como me dijo una resi-

dente: «Estoy viviendo una guerra sin balas. Viví la Guerra Civil pero ahora no sé dónde está el enemigo».

Magdalena evoca la resignación de los ancianos y el deslome de los empleados de residencias, un mundo que gobernó como pudo una pandemia desbocada y sólo recibía críticas. «Parece que sólo había muerte. Ponías la tele y pensabas: '¿Estoy en el matadero?'. Hubo y hay mucho más: vida. Pero hay que protegerla».

«A los mayores nos eliminan. Pero morir no es obligatorio; hay que vacunarse»

En Leganés está Nuevo Parque Polvoranca, una residencia de la Fundación AMAS para personas con discapacidad intelectual con alto nivel de dependencia y alteraciones de conducta. AMAS pertenece a Plena Inclusión, que dispone de 1.016 centros donde viven 17.000 residentes.

El Covid se ha llevado a unos 300.

Cuatro de ellos vivían en esta residencia de plazas públicas concertada con la Comunidad de Madrid. «El 60% de los residentes ha tenido la infección. El equipo lo ha dado todo, fines de semana, vacaciones... Había que salvar a la gente». Habla Miriam Fernández, directora de este complejo con 75 residentes y 100 trabajadores llena de sonrisas a distancia.

El centro está dividido por contingentes, unidades de convivencia de 30 personas que, por la pandemia, sólo se relacionan entre sí. Ya no hay actividades *intercontinentales*, ni salidas individuales a Mercadona, a tomar café, a la peluquera... «Teníamos un enfoque comunitario, de salir al mundo, y de repente estamos encerrados y es la peluquera la que viene aquí. Los residentes se habían empoderado, estaban en la calle. Ahora no pueden ni salir. Pero siguen teniendo vida. ¿Cómo no vamos a vacunar a una población así?».

Noelia Iturbide es psicóloga y habla mirando a Soraya Moreno, una mujer que hizo FP trabajó en un centro ocupacional y es formadora en prevención de violencia machista. Y actriz. «Hice *Gándula* en el Teatro del Barrio. Nos aplaudían mucho».

Soraya lleva aquí muchos años, pero ninguno como éste. «He sufrido mucho. Hubo gente ingresada y rezábamos por ellos. Mi novio no entendía que no pudiéramos salir y me dio un ataque de ansiedad. No puedo ir a artes escénicas, ni al grupo de mujeres. No podemos acercarnos a los compañeros. Pero hago poesías para entretenerme. Aquí soy feliz».

«Noelia, ¿usted se vacunará?»

«Yo no puedo elegir. Con el rol que tengo, de atención directa, tengo la obligación moral de vacunarme».

«Soraya, ¿se pondrá la vacuna?»

«¡Claro! Así no cojo el Covid y puedo abrazar a mi novio. Si no nos vacunamos, iremos para atrás. ¿Por qué alguien que puede salir de casa se podría vacunar y nosotros no? Podremos salir y ser como los demás».